



Año II

Núm. 20

SUMARIO

Algunas observaciones sobre los perros de caza, por *Erre*.—Veda de la pesca fluvial.—Nuevo colaborador.—El arbitrio de pesas y medidas.—Nuestros cazadores: D. Lucilo Ramírez Conde.—En busca de cazadero ó un guarda filósofo, por *Manuel de Igual*.—Crónicas de caza, por *Ese*.—Crónicas de pesca, por *K. Ch. T.*—La Junta directiva de la Asociación.—Hojeando pergaminos: Variedades, por *Ruy Lope*.—Caza de aves acuáticas, por *J. N. y R.*—Un folleto.—Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.—Noticias.—Cazaderos.—Foot-ball.

(No se devuelven los originales.)

Algunas observaciones sobre los perros de caza

Dificultades para obtener uno bueno.—¿De quién dependen?—Enseñanzas de la práctica.

Mucho bueno se ha escrito sobre los perros de caza; así es que resulta en mí un atrevimiento, rayano en la osadía, poner mi pluma pecadora en asunto tan bien tratado por verdaderas autoridades en la materia.

Pero como la ignorancia es tan atrevida, llega la mía hasta el punto de inducirme á echar mi cuarto á espadas en esta grave cuestión.

Me limitaré no obstante, por falta de otros conocimientos, á exponer observaciones propias que puedan contribuir, aunque sea en pequeña parte, á ilustrar el asunto.

Casi todos los aficionados se quejan de que no encuentran perros buenos.

La culpa es exclusivamente suya, por las razones que voy á exponer.

Es la primera el poco cuidado que tenemos en la selección de las razas.

Con las nuestras españolas han formado en el extranjero otras verdaderamente notables en aquellos países; deficientes en el nuestro, según en otra ocasión demostraremos.

La mayoría de los aficionados, por no decir todos, pues hay alguna rara excepción, cuando van á proveerse de perro, lo hacen sin

fijarse en raza determinada y sin tener en cuenta los antecedentes del animal que van á adquirir.

Aceptan el que primero se les ofrece, y tan contentos.

Por lo general lo toman de cachorro, y empiezan los padecimientos para criarlo.

De éstos y de los cuidados que exige hablaremos también en otro escrito.

Concretándome al objeto del de hoy, supondré que el perro, elegido, como antes dije, al azar, sin fijarnos en raza ni antecedente alguno, sin tener tampoco en cuenta la clase de caza á que se va á dedicar ni el terreno en que ha de ejercer sus facultades, ha pasado los peligros que amenazan su vida en la primera edad y ha llegado á la de empezar á utilizarlo.

Durante el año, que de menos edad no debe salir un perró al campo para comenzar á cazarlo, el animal, por su noble condición, por sus jugueteos y caricias, se ha captado el cariño de toda la familia del cazador, principalmente de los niños, que juegan con él.

En tal situación, por lo general sin haber cuidado de proporcionarle alguna enseñanza previa, haciendo buscar por el rastro y traer alguna piel de conejo en el mismo domicilio primero y después en el campo, se lleva el perro al monte, pretendiendo que por inspiración divina arranque á cazar desde el primer momento y haga primores.

En estas primeras salidas, el amo está pen-

diente de todos los movimientos del perro; pero bien pronto se cansa y abandona al joven para atender al viejo, que es el que le proporciona alguna diversión.

No se fija en si aquel otro tiene vientos y afición, si es dócil, etc., etc.

El perro avanza en edad y generalmente no adelanta un paso.

Es un verdadero *chucho* en la aplicación que de esta palabra se hace por los cazadores para calificar á los perros que no sirven para nada.

Pero en vez de pensar en desprendernos de semejante animalito, por el cariño que le tiene la familia y que nosotros mismos le profesamos por haberlo criado desde cachorro, conservamos en nuestro poder ese estorbo años y años, ocupando el lugar que debía ocupar un perro que fuera útil.

No lo fué porque no tenía raza pura, provenía de una mezcla indefinida y no podía dar de sí otra cosa.

El perro de raza siempre es bueno.

Del que no la tiene, por excepción se saca partido.

Es muy común oír como argumento en contra que los perros de los guardas y los de los cazadores de oficio cazan á las mil maravillas sin que sean de raza conocida, antes bien siéndolo de cualquier clase.

Los que tal afirman no se han fijado en que, si es cierto que dichos perros cazan, lo hacen á la manera basta y rastrera propia de la persona que los educó: que lo hacen porque á diario lo están practicando y lo ejecutan con provecho en el terreno en que se criaron y que conocen al dedillo.

Estas notabilidades dejan de serlo en cuanto se las saca del monte en que pasaron su vida, se les alimenta suficientemente y pasan semanas enteras sin ver el campo, no contando con la época de veda, en que el descanso se alarga á varios meses.

En cambio, el perro de pura raza, ó lo más cerca de ella posible, no olvida nunca su afición, porque caza en virtud de este don sobrenatural reservado á su clase.

Perderá, sí, por el descanso de varios meses y aun de años enteros, en agilidad y picardías; pero tales pérdidas volverán bien pronto á ser recuperadas y á mostrar sus excelentes condiciones para el objeto á que se destina.

No me cansaré de repetirlo: busquemos perros de raza y desechemos los cruces, que á nada bueno conducen.

El espacio que nuestra Revista consiente

para estos escritos me obliga á suspender mis observaciones, que continuaré otro día, repitiendo las conocidas frases: «Perdonar sus muchas faltas».

ERRE

Veda de la pesca fluvial

El día 1.º de Marzo próximo, según lo dispuesto en el art. 32 del reglamento de 7 de Julio último sobre pesca fluvial, dará comienzo la época de veda para la pesca en aguas del dominio público, de todas las especies de peces que no sean el salmón, la trucha y los cangrejos.

Durante el período de veda, que durará hasta el 1.º de Agosto, sólo está permitida la pesca con caña á cuantos tengan la licencia correspondiente, pudiendo ser transportado por el propio pescador para su consumo el pescado así obtenido, pero no podrá ser vendido, conforme lo dispuesto en el art. 39 del reglamento citado.

Los artículos 38, 119 y 121 del mismo prohíben la circulación y venta de pescado de agua dulce en tiempo de veda, aun cuando proceda del extranjero y venga preparado en conservas, á no ser que se hallen en envases cerrados y con etiquetas de fábrica.

Las infracciones de la ley de pesca fluvial y de su reglamento, entre otras penas como la pérdida de los aparejos, redes y artefactos, se castigarán con multas en metálico.

Las denuncias se presentarán ante el Juzgado municipal del término en que hubiese sido cometida ó averiguada la transgresión.

Corresponde al denunciador la tercera parte de la multa que se imponga y que en ningún caso podrá ser condonada.

También pasará á ser de su propiedad el aparejo ó arte de pesca ocupado.

NUEVO COLABORADOR

Desde este número colaborará en nuestra revista el notable cazador, excelente montero y entusiasta del *sport* hípico, D. Manuel de Igual, distinguido abogado y cultísimo escri-

tor que avalorará con su firma el texto de la publicación CAZA Y PESCA.

El Sr. De Igual, muy competente en cuestiones venatorias, nos ha prometido una cuantas crónicas de lances y curiosidades de los que fué testigo presencial en su larga práctica de cazador.

Agradecemos con toda el alma tan notable cooperación.



EL ARBITRIO DE PESAS Y MEDIDAS

Renacimiento vergonzante de los del «pincho».—Interpelación del Sr. Pi y Arsuaga en el Congreso de los Diputados.—El Sr. Ministro de Hacienda declara «ilegal» dicho impuesto municipal cobrado en las estaciones del ferrocarril.—Comentarios.

En uno de los números anteriores de nuestra Revista dimos cuenta, con el comentario consiguiente, de las gestiones que había practicado la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España para protestar de la exacción del impuesto de pesas y medidas, llamado vulgarmente *de romana*, que apareció implantado desde 1.º de Enero del año actual y se hizo efectivo por los agentes municipales en funciones y por los mismos procedimientos de los antiguos consumidores en las estaciones de ferrocarril, entre otras especies, sobre las de caza que conducían los cazadores para su consumo particular y no para la compraventa.

Estudiado el asunto por la Comisión de letrados de la Asociación, su dictamen fué:

Que el establecimiento del arbitrio de pesas y medidas se autorizó en favor de la Hacienda municipal por el art. 40 de la ley de Presupuestos de 29 de Junio de 1890, reglamentándose por el Real decreto de 7 de Junio de 1891.

Quedan sujetos á este arbitrio todos los artículos y efectos QUE SEAN OBJETO DE VENTA Ó TRANSFERENCIA dentro del término municipal y estén sujetos á peso ó medida. El pago está á cargo del adquirente ó comprador, salvo pacto en contrario ó imposibilidad de cobrárselo, en cuyos casos lo abona el vendedor.

Aparece bien claro que este arbitrio recae sobre los artículos que se llevan al mercado de abastos que estén sujetos á peso y medida y que sean objeto de venta ó transferencia.

Ninguna de estas circunstancias concurre

en las especies de caza que los cazadores conducen para su especial consumo.

Á nadie se habrá ocurrido jamás comprar conejos, liebres, perdices, palomas ó codornices por kilos ó por metros.

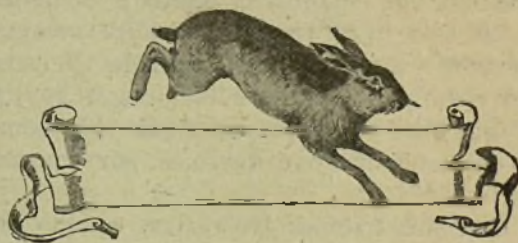
Á pesar de ello, en el presupuesto del Ayuntamiento de Madrid, correspondiente al año de 1911, se estableció el arbitrio que comentamos, fijando para la caza el derecho de cuatro céntimos de peseta para cada par de piezas y la mitad, ó sean dos centimos, para los pichones, palominos y codornices; pero haciendo recaer tal gravamen sobre las transacciones que se efectúan en los mercados de abastos.

Con este informe y en vista de que el arbitrio en cuestión se venía cobrando en Madrid á los cazadores en las estaciones de ferrocarril de una manera vergonzante, pues había días en que aparecían en ellas los agentes municipales y lo hacían efectivo por el procedimiento de los antiguos consumidores, y otros días en que los tales agentes no aparecían por ninguna parte, la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España preparaba su recurso contra la indicada exacción, que consideraba improcedente.

El diputado á Cortes Sr. Pi y Arsuaga, en la sesión del jueves 8 del mes actual, interpelló al Gobierno sobre el mismo asunto, y el Sr. Ministro de Hacienda declaró de manera terminante que el arbitrio de pesas y medidas en la forma en que se venía haciendo efectivo era ilegal.

Huelgan mayores comentarios.

Creemos que con la declaración del Ministro de Hacienda quedará enterrado para siempre el indicado arbitrio (R. I. P.) y que el Ayuntamiento de Madrid no pretenderá resucitarlo, después de aquella declaración y de la que el Alcalde, Sr. Francos Rodríguez, hizo, manifestando que de la exacción ilegal en el cobro de pesas y medidas no es culpable el Ayuntamiento, y que si se cometen exacciones, será por abusos de los empleados dedicados al cobro de ese arbitrio, que según la ley sólo puede cobrarse en los mercados y no en las puertas y estaciones.



Caza y Pesca

NUESTROS CAZADORES

D. Lucilo Ramírez Conde

Corresponde hoy el turno en esta galería de aficionados á D. Lucilo Ramírez, cuya biografía, aunque carece de lances cinegéticos, pues no es de los que *bullen y se revuelven* en esta que pudiéramos llamar *historia cinegética contemporánea*, es digna de figurar en nuestra Revista.

El Sr. Ramírez desde muy niño practicó la caza en Valladolid, su pueblo natal y trasladado á esta corte, continuó tan varonil ejercicio en diferentes vedados y terrenos libres.

En unión de su cuñado D. Francisco Aldama, notable y antiguo cazador, tiene en arriendo desde hace muchos años la «Dehesa Carnicera» en término de Morata de Tajuna, terreno quebrado y de salvaje estructura donde abundan los conejos, la perdiz y la liebre.

En esta finca realizó y realiza notables cacerías acompañado del referido Sr. Aldama y de algún amigo galantemente invitado por ellos y á quien prodigan todo género de atenciones y se desvelan por complacerle.

Estas excursiones las realiza cuando sus

ocupaciones se lo permiten, sin temer las inclemencias del tiempo.

Su tiro favorito es el del conejo, sin que quiera esto decir que no guste de la caza de otras especies.

El Sr. Ramírez no tuvo jamás accidente alguno digno de mención *en sus correrías venatorias*, porque siempre se acompañó de buenos y precavidos amigos. Pertenece á la Junta

directiva de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, á la que presta su valioso concurso.

Es un buen compañero de caza, de agradable trato y amena conversación, un excelente aficionado, un entusiasta cazador y muy conocedor del terreno que pisa.

El Sr. Ramírez tiene una muy grande resistencia y un gran entusiasmo por la caza, sin que se acuerde de la hora de la comida cuando entre las breñas y matorrales del coto que tiene en arriendo espera la salida de un conejo ó el salto de una liebre.

Siempre tuvo muy buenos perros de caza. Cuida de su coto como si fuera de su propiedad, buscando siempre las relativas comodidades de los que cazan en él.

El Sr. Ramírez es infatigable, y aún siente los ardores de la juventud.



Fotografía J. Mena.

En busca de cazadero ó un guarda filósofo

Hace pocos años, encontrándome sin *cazadero*, gestionaba yo el arrendamiento de algún buen *vedado*, para constituir en unión de otros cuantos amigos una modesta Sociedad de caza.

Con este motivo fueron muchas las excursiones que tuve que hacer, visitando fincas y más fincas, montes y más montes, que se me ofrecían y de los que se me hacían mil ponderaciones: «mucha caza... buena casa... buen terreno... viaje cómodo...», etc., etc.; resultando la mayor parte de las veces (cuando no todas) estos encomios de las fincas bastante exagerados, ya que no completamente ilusorios, y como realidad final de la excursión un viaje en ocasiones molesto y siempre infructuoso, unas pesetas gastadas inútilmente y regresar á casa triste y descorazonado, cuando la hermosura de un espléndido día pasado en el campo, ó algún incidente cómico ocurrido en la excursión, no me habían compensado en algo de lo infructuoso de mis gestiones.

Esto último fué lo que me ocurrió y lo que quiero contaros, en una de esas citadas expediciones, en que una sencilla frase de un guarda... dos palabras solamente, y sobre todo el gesto con que las acompañó (que le hubiera envidiado el mejor artista mímico), nos compensaron, unido á la esplendidez del día, de la inutilidad de nuestro viaje; nos dieron motivo para reír algún tiempo, y aun creímos encontrar en todo ello puntas y ribetes de una profunda moraleja.

Yo no sé si vosotros, lectores, le encontraréis la misma gracia, pero me atrevo á contaros el caso, porque lo han celebrado algunos cazadores á quienes tuve ocasión de contarcelo posteriormente, y de mí sé decir que á pesar de que fui la víctima de aquel nuevo desengaño, reí mucho aquel día y no puedo recordar aquella escena sin que aún me produzca el mismo efecto.

Me habían hablado, haciéndome mil ponderaciones, de una hermosa finca, de grande extensión, propiedad de linajudo marqués que, aunque bastante alejada de la corte, podría acaso llenar nuestros deseos, pues si bien la distancia de Madrid no era despreciable, podría compensarse con que el viaje á la finca podía hacerse por vía férrea, una de cuyas estaciones (según nos aseguraban) sólo distaba unos dos kilómetros escasos de la casa principal de la finca en cuestión.

Esta finca, en lo antiguo soberbio monte, había sufrido posteriormente grandes descuajes para dedicar terrenos á la labor, pero conservaba aún un buen número de fanegas de monte, de no escaso pasto, de terreno *no duro de andar* y cruzado por un arroyo de bastante importancia; tenía buenas y abrigadas *solanas*, y era, por lo tanto, á propósito para criadero de variada clase de caza. Nuestro informante (de quien son las anteriores referencias) añadía que en vida del padre del actual propietario había tenido ocasión de acompañarle á dicha finca y aun de cazar en ella, y que se había divertido mucho; pues por aquel entonces abundaban en ella las perdices, había bastantes liebres en los terrenos dedicados á la labor, y que en la parte de monte hormigueaban los conejos, no siendo rara la ocasión de quemar algunos cartuchos á las aves acuáticas en el ya citado arroyo.

Muy escarmentado andaba yo de excursiones, pero estos informes, en boca de persona seria y formal, antiguo y buen aficionado, empezaron á animarme á intentar una nueva peregrinación en busca del soñado vellocino de oro, por más que mi citado y prudente amigo ya me hacía la advertencia y salvedad de que tuviera en cuenta que él se refería á fecha ya lejana; que le constaba que después se había roturado mucho monte y aumentado los terrenos dedicados á labor; que por esta causa, y para evitar daños en los sembrados, sabía que se hacía constante y cruda guerra á los conejos, con frecuentes sacas de importancia; y finalmente, que el actual propietario, nada aficionado á la caza, vigilaba poco este detalle en sus fincas, y que los guardas y dañadores de los pueblos vecinos no dejarían de aprovecharse de ello; pero, en resumen, que si por el momento no había mucha caza, la finca era susceptible de tenerla, y había margen y condiciones para formar en ella un magnífico *cazadero*, siempre que se la cuidara y guardara bien.

Este resumen y conclusión final de mi *cicerone* me hicieron olvidar sus anteriores salvedades y pusieron término á mis vacilaciones, y como reinara á la sazón un tiempo, si bien frío, seco y espléndido, de hermosos y despejados días de sol, quise aprovechar la oportunidad para probar fortuna nuevamente y comerme una tortilla al sol con un antiguo amigo y compañero de caza y futuro consocio en el presunto vedado. Pedido el oportuno permiso, carta-presentación para los guardas (y previo aviso anticipado á éstos para que nos esperaran), nos pusimos en ca-

mino para la correspondiente estación, cuyo nombre no hace al caso, ni el de la finca tampoco, porque tengo presente que todo esto que os estoy contando, *si non è ben trovato*, por lo menos os garantizo que es absolutamente *vero* y viven casi todos los protagonistas del suceso.

Con un día claro y despejado, y si no cómoda regularmente instalados en un departamento de un coche de segunda, nos lanzamos por la línea directa de Ciudad Real, dispuestos á soportar heroicamente las cinco horas que teníamos de recorrido en ferrocarril, á darnos un buen paseo por la finca en cuestión, para examinarla detenidamente, á comernos alegremente al sol nuestras abundantes y escogidas provisiones y á resignarnos de antemano al desengaño si llegaba el caso, procurando en el interés no forjarnos demasiadas ilusiones, para que aquél nos resultase lo menos molesto posible.

Todo llega en este mundo, y á la estación en que que teníamos que apearnos le llegó su turno de presentarse á nuestra vista. ¿Os la describo?... ¿Para qué? Una de tantas, de poquísimos movimiento y más bien apeadero que estación; básteos saber que llegamos, que nos esperaban los dos guardas de la finca, que habían tenido la fina atención de llevar consigo sus respectivas caballerías, con el triple objeto de no fatigarse en su viaje á la estación, de que nos sirvieran á nosotros de alivio en nuestra inspección ocular al *cazadero*, y finalmente de justificar el aumento de unas pesetas más en la indiscutible propina final.

Previos el oportuno reconocimiento, salutación y presentación de credenciales (sin dificultades ni vacilaciones algunas, pues ni había más personas en la estación, fuera de las obligadas que nuestros dos guardas, ni se apearon más viajeros que nosotros), nos encaramamos en nuestros respectivos jamegos, y con los guardas al estribo, comenzó nuestra odisea por sostenida conversación con aquel par de buenas piezas, conversación llevada por nuestra parte con estudiada astucia, á fin de vencer la natural socarronería y habitual gramática parda de esta clase de gentes, y tratando de sonsacarles con habilidad cuantos datos pudieran convenirnos referentes al asunto que allí nos llevaba.

No voy á haceros una descripción detallada de los guardas, y creo que bastará con deciros que con escasa diferencia eran ambos de la misma edad, jóvenes y fuertes aún y á juzgar por su aspecto, verdaderos hombres de campo (ya sabéis que hay guardas que no lo son);

los dos, según manifestaron, eran casados y con bastante familia y su sueldo no excedía de seis reales diarios; ninguno de los dos llevaba carabina, sino que iban provistos de escopetas de dos cañones y acompañados respectivamente de un *chucho* de raza indefinida, pero con cuya cooperación saben llenar sus morrales muchos corsarios que no disponen de grandes pointers, setters, etc., etc.

Principiar la *interview* y hacernos cargo y darnos cuenta exacta de que nuestros futuros propósitos sobre la finca ni entraban en los cálculos ni eran precisamente el ideal de nuestros acompañantes y que no deberíamos contar con su benévola cooperación, todo fué uno. Desde luego no trataron de ocultarnos, y más bien creo que nos aumentaron los inconvenientes con que pudieran tropezar nuestros proyectos, procurando disminuir y atenuar cualquier aliciente ventajoso que pudiéramos encontrar en abono de aquéllos, y para mayor claridad, ahí va la muestra de la *interview*.

—¿.....?

—Sí, señor; la finca, como grande es grande y tiene bastante monte y la casa es *mu* hermosa y capaz, aunque está *destartalá* y habrá que gastar unos cuartejos en *arreglarla*.

—¿.....?

—La caza no se ha *guardao* mayormente y *aluego* ¡¡esto es tan grande y hay por aquí tanto *dañao*!!!

—¿.....?

—Como sano el terreno, sí señor, sobre *too* en invierno; *dimpués*, como el arroyo se desborda y deja tanto terreno *anegao*, eso dicen que *tie* la culpa de que estemos aquí siempre con calenturas.

—¿.....?

—Á la estación son cuatro kilómetros cumpliditos de camino muerto y ¡¡si viera usted qué malito se pone en cuanto llueve!!! y como el arroyo se crece tanto y no hay ni vado ni puente, deja la finca *cortá* en dos y ¡¡se ve uno más mal!!!

Aquello no principiaba bien, pero era preciso ya llegar al final, concretar y detallar y saber bien á qué atenernos, y ya nos decidimos, después de las generalidades antedichas, á precisar las preguntas.

—Diga usted, guarda—pregunté,—nos han dicho en Madrid que hay muchísimas perdices en la finca.

—Diré á usted, como muchas, no señor, no las hay, pero están *pintaicas*.

No habíamos oído nunca usar este término, pero nos pareció que daba una idea bastante exacta de lo que el guarda había querido

expresar con ella, usándola como sinónimo de salteaditas.

— Pero ¿conejos si habrá muchos en el monte?

— *Misté*, señor, andando y mateando, no diré que no veamos alguno, pero ¡¡están tan castigados!!!

Ya no había que hacerse ilusiones ni pensar más que en tomar el sol y desocupar la cesta de provisiones; pero yo, por preguntar,

— ¿Y liebres? — me atreví á decir.

Difficil me sería expresar el gesto de sorpresa y de asombro que se dibujó en el rostro de mi guarda y el efecto tan extraño que le produjo mi inocente pregunta, que no parecía sino que le había preguntado si había por allí tigres de Bengala; pero ello es lo cierto que, parándose en firme delante del otro guarda, su compañero, dirigiéndose á él y mirándole de hito en hito, sin abandonar su gesto de asombro, exclamó entre burlón y sorprendido:

— ¡¡Liebres!!! ¡¡Mia tú que liebres!!!

Mucha pareció ser la sorpresa del guarda, motivada por mi pregunta, pero no fué menor la mía al apreciar aquélla y al no darme cuenta en el primer momento de las causas de una escena para mí tan extraña como inexplicable.

La conversación quedó interrumpida, seguimos caminando un rato en silencio y en este interregno acudió á mi mente un cúmulo de reflexiones que me hicieron comprender y justificar la sorpresa del guarda y la improcedencia, verdadera inocencia, ó más bien supina tontería de mi pregunta.

Pretender encontrar perdices en una finca de extensión de cuatro á cinco mil fanegas de monte y sembrado, con dos guardas montados para vigilarla, no me parecía excesiva pretensión, por descuidada que estuviese la guardería y por *alimaña* que fuesen los propios encargados de representarla. Las perdices son animales bravíos, *apeonan* y vuelan mucho y se defienden muy bien, sobre todo en terreno llano; cuestan y se desperdician muchos tiros para hacerse con ellas, y las municiones son caras.

Se las puede diezmar, pero exterminarlas en absoluto (no tratándose de Sociedades de caza, constantes ojeos, uso de alares, etc., etc.) me parecía y sigue pareciéndome sobrada

empresa para un par de hombres, que además tenían que hacerlo con cierto recato y precauciones y no pudiendo utilizar otros medios que sus escopetas y buena puntería.

Algo ya más fácil consideraba yo aclarar los conejos de un monte, pero tampoco juzgaba inusitada osadía el pretender encontrar algunos, porque este roedor no está desprovisto en absoluto de medios de defensa: sabe esconderse bajo tierra y todos conocéis lo casi imposible que es el extirparlo de una finca, porque siempre le queda la base de sus prudentes reservas *los batallones de escaparte* que, dados sus poderosos medios de reproducción y propagación, siempre presentan en línea de batalla nuevos contingentes.

Ahora sí, francamente tengo que reconocerlo, irse preguntando ¡¡por liebres!!! á dos hombres de campo, jóvenes y fuertes, cazadores y buenos tiradores, á dos *alimañas* de ese jaez, que por obligación tienen que pasarse la vida con la escopeta al hombro, andando y paseando el terreno que guardan y que conocen á palmos tomillo por tomillo y piedra por piedra; preguntarles por un animal que ni vuela, ni se esconde bajo tierra, que tiene *querencias fijas* y casi seguro donde *salla hoy saltará mañana* y en los días sucesivos, animal que suele utilizar la misma cama varios días y que una vez conocida puede, andando sigilosamente, sorprendérsele en ella; que para sus huídas, excursiones, para ir y venir á sus querencias usa siempre las mismas veredas (¡¡que no saben y no conocen bien estas costumbres los pastores de ganados!!!); preguntar, repito, por este animal, que en su completo desarrollo puede suministrar una espléndida y abundante cazuela de excelente y sabroso guiso á dos hombres, *que además de todo lo antedicho* tienen ¡¡seis reales diarios de sueldo y seis ó siete bocas cada uno que llenar!!! sin contar el perro, ¿no os parece que fué un verdadero *colmo* y una solemne y estúpida tontería? Yo así lo comprendí, y de aquí mi risa de mí mismo, de entonces, de ahora y de siempre que recuerdo aquella *coladura ó metedura de pala* y aquel asombro del guarda y la moraleja de aquella frase: ¡¡LIEBRES!!! ¡¡MIA TÚ QUE LIEBRES!!!

MANUEL DE IGUAL





CRÓNICAS DE CAZA

El comienzo de la veda.—Nuevas excitaciones para que se respete por todos y se denuncie á los infractores.—Una cacería que apenas empezada terminó como el célebre Rosario de la Aurora.—Desgracias que no ocurrieron por verdadero milagro.—Odios fomentados por el caciquismo.—Peligros para los cazadores de Madrid.

Por ocupaciones particulares, nuestro colaborador *Erre*, encargado de estas crónicas, no puede hacer la de hoy, y el Director de la revista me pone en el duro trance de sustituir las amenas charlas de aquél por las soporíferas mías.

Y por obediencia debida, entro desde luego en faena, demandando antes vuestra benevolencia.

No huelga que recuerde ante todo y sobre todo, por ser de excepcional importancia, que el día 15 del corriente empezó la veda para los conejos, liebres, perdices, etc., con la excepción de las aves acuáticas, cuya caza está permitida hasta el 31 de Marzo.

Aunque los buenos aficionados no necesitan excitaciones de ninguna clase para respetar en este punto la ley, yo me permito rogarles que lleven su amor al cumplimiento de la misma hasta el punto de influir en el mismo sentido con sus predicaciones y consejos cerca de otras personas que no sientan iguales entusiasmos.

Que prohiban á sus criados y dependientes la adquisición durante esta época de pieza alguna de caza para el consumo. Que rechazen en las fondas los manjares de esta clase y que sientan el valor cívico de denunciar ante las autoridades las infracciones de que tengan conocimiento.

Si así lo hiciéramos aficionados y no aficionados, que todos tenemos la obligación de respetar y hacer cumplir las leyes, el resultado sería altamente beneficioso para la nación entera.

Estos beneficios alcanzarían por igual al pobre y al rico, al cazador y al que no lo fuera, pues no destruyendo la caza en la época de la reproducción, aumentaría de manera prodigiosa, y con este aumento disminuiría de precio, como es ley general del mercado.

Y ya que hablo de esto, citaré como ejemplo de la mayor elocuencia lo ocurrido con las perdices: estas preciadas y exquisitas aves se han vendido en Madrid en los últimos años á tres y hasta á dos pesetas el par. ¿Á qué se debe esta baratura, pues siempre costaron las perdices á cuatro pesetas el par? Á la sabia disposición contenida en la vigente ley de Caza y prorrogada más tarde por Real decreto, prohibiendo la exportación de las perdices al extranjero.

Por cierto que esta previsora y beneficiosa medida cumplirá sus efectos en el mes de Mayo próximo.

La Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, que vela en todo momento por lo que puede interesar á tales ramos de la riqueza nacional, acudirá con tiempo (su Junta directiva así lo tiene ya acordado) al señor Ministro de Fomento, solicitando que prorrogue por otros cuatro años más la prohibición de exportar perdices al extranjero.

..

Recientemente se celebraba una cacería en un renombrado coto de la provincia de Guadalajara, que tienen en arrendamiento varios distinguidos aficionados de esta corte.

Se había organizado la cacería para ojeo de perdices.

Asistían á ella varios socios del vedado y algunos invitados por los mismos.

Todo era júbilo y esperanzas de divertirse.

Llegó la noche anterior al día destinado para la cacería.

Se trazó el plan de campaña: se buscaron los ojeadores del pueblo más próximo, como era costumbre. Se convino en que éstos á primera hora y mientras se colocaban las escopetas para el comienzo de los ojeos, dieran uno por las tierras cercanas al vedado, para que las perdices entrasen al mismo.

En esta operación se hallaban, cuando el guarda que acompañaba y dirigía á los ojeadores divisó á otros dos del pueblo que armados de escopetas se encaminaban hacia él.

Parece que aquellos dos sujetos traían, no se sabe de quién, el encargo de impedir que se diese el ojeo por las tierras de fuera del monte.

El guarda y los dos aparecidos discutieron acaloradamente dicho propósito.

Les recriminó el guarda por venir armados de escopetas, para lo cual no estaban autorizados, y le recogió á uno de ellos la que llevaba. El otro sujeto, colocado rastreramente á la espalda del guarda, logró arrebatarse súbitamente la escopeta y con ella hizo un disparo á quemarropa sobre el pecho del guarda, que instantáneamente cayó al suelo sin sentido.

Otro de los guardas del monte, el que había quedado colocando á los cazadores, llegó al sitio de la contienda.

Apenas divisado por el otro sujeto, dirigió éste su escopeta contra el recién llegado.

Se echó al suelo y el contrincante acercó el arma á la cabeza y le disparó, dejándolo inmóvil.

En tal situación se hallaban los dos guardas del monte, al parecer muertos, cuando uno de ellos hizo algún movimiento. En su vista uno de los agresores dijo: *Más vale degollarle para que no se vuelva á mover.*

Lo disuadió el otro compañero de este criminal propósito diciéndole: *Anda, que bien muerto está.*

Toda esta refriega la presenciaban impávidos los diez ó doce ojeadores que se habían acercado al grupo de los que reñían y no hubo ninguno que impidiese los atentados que se acababan de cometer, y que milagrosamente no ocasionaron la muerte á ninguno de los dos guardas, pues á los pocos momentos de

retirarse sus agresores, se levantaron del suelo sin haber sufrido lesiones de gravedad.

El primer agredido recibió el tiro en el pecho, y los perdigones, á excepción de algunos, muy pocos, que le hirieron, quedaron empujados en el dobléz del chaquetón y la ropa que le cubría. Cayó al suelo sin sentido por efecto del golpe que le dió el disparo á tan corta distancia.

El otro lo recibió por entre el cuello y la cabeza, y perdió el conocimiento por la detonación; pero no recibió heridas graves.

Llegan hasta nosotros rumores de complicidad que la justicia se encargará de esclarecer y hacer efectiva de los que presenciaron estos sucesos, sin que pusiesen nada de su parte para evitarlos, siendo diez ó doce hombres los que se hallaban en este caso.

El que más hizo fué huir, según dijo después, para dar aviso á la Guardia civil.

También por verdadero milagro, ya que lo fué el que no resultaran muertos los dos guardas, los cazadores que se encontraban á larga distancia del sitio en que se desarrollaba la lucha, esperando la llegada del ojeo, no se apercibieron de nada hasta después de la ocurrencia; y decimos que todo fué providencial porque seguramente, dado su honor y hasta por humanitario deber, de enterarse con tiempo de la contienda hubieran intervenido en los términos que requerían tan graves y críticos momentos, produciéndose una verdadera hecatombe.

Se dice, y nos hacemos eco de ello á título de rumor, que los odios que dieron lugar á tan descomunal batalla nacieron y están alimentados por las luchas del pueblo contra determinado cacique.

La justicia se encargará de aclarar todo ello; pero es bien triste que por tan fútiles motivos se produzcan desgracias de tanta entidad como las que pudieron ocurrir.

Además, son circunstancias que dan que pensar á los cazadores de Madrid, que salen al campo por higiene y para distraer el ánimo, y pueden, sin comerlo ni beberlo, verse envueltos en terribles trances.

ESE





CRÓNICAS DE PESCA

New-York Febrero de 1912.

(VIA MÁS CORTA—PRIMER VAPOR)

Sr. Director de la revista CAZA Y PESCA.

Madrid.

Bondadoso Director y amigo queridísimo: Completo mi *crónica* del Concurso de pesca, ordenando á toda máquina, sin tiempo para mayores comentarios, las noticias que me remite mi amado *K. Ch. Tito*, según las cuales llegó por fin el tercero y último día del Concurso, que se verificó en Torrejón de Ardoz y en el cual se habían de adjudicar los premios, acumulando los resultados que cada concursante obtuvo en los tres días y que estaban anotados en el *carnet individual*.

Con menor concurrencia que en días anteriores se hizo la salida de Madrid á las siete de la mañana y fueron iguales los incidentes en el tren durante el viaje de ida, sin otro particular que el espléndido donativo de espejos parabólicos y boquillas para fumar pitillos que hizo uno de los señores socios, al mismo tiempo que propagaba un específico catalán.

Grande era la ansiedad por parte de los pocos que estaban en condiciones de obtener premio, pues fueron muy contados los que en los días anteriores habían obtenido resultado; pero como la esperanza es lo último que se

pierde, alguno confluía en obtener un pez superior al kilo, cosa que aún no se había logrado.

Como detalle se puede apuntar el de que uno de los concursantes ofreció tres pesetas por el derecho de sacar de la orilla del río seis haces de leña que las avenidas de los días anteriores habían dejado en una isleta, para ver si en ellas se albergaba algún camarón que le sirviera de cebo. Por fortuna para el espléndido oferente, no largó las tres *plumas* referidas, pues las tales ramas no contenían ni vestigios de la sabrosa *quisquilla*.

El día fué desapacible por el mucho viento, las aguas del río turbias y crecidas, y como consecuencia los resultados de la pesca nulos en la mayoría de los concursantes.

Sin incidentes pasó el día, y reunidos á las seis de la tarde en el establecimiento de la *señá Sinforosa*, se procedió al recuento y repeso del resultado del día y cómputo de los anteriores.

De ello resultó la adjudicación de los siguientes premios:

- 1.º Del número.—Á 57 peces que pesaron poco más de un kilogramo.
- 1.º Del peso.—Á 3,500 en los tres días.
- 2.º Idem.—Á 2,700 id. id.

Omitimos el nombre de los señores favorecidos para que no resalte lo exiguo del resultado, tratándose de pescadores de caña de reconocida habilidad.

Los segundos y terceros premios, así como el asignado al pez mayor de un kilo, quedaron desiertos.

Confiamos que cuando tan simpática Sociedad celebre un nuevo concurso elegirá mejor época para que los resultados sean satisfactorios, no olvidando que los peces invernan.

Nota bene.—Me transmite *K. Ch. Tito* el rumor de que en el acto de la adjudicación de premios fué declarado fuera de concurso el conocido aficionado D. Inocente Reglilla, afamado tenedor de libros de la Sociedad propagandista de las suelas de cáñamo y del gazpacho caliente.

Según versiones recogidas en el acto mismo, dicho señor, que presentó magníficos ejemplares de barbos, los había obtenido sin anzuelo, usando en cambio la liga de coger pájaros, que le dió excelente resultado.

En efecto, sabido es que los barbos tienen alrededor de la boca cuatro filamentos alargados que se llaman bigotes. Pues bien, este señor ponía al extremo del sedal una pelota de lombrices impregnada de dicha materia adherente, y es claro, al ir á morder los barbos quedaban presos por los bigotes, fuertemente pegados á la liga.

Deploramos el percance, al par que damos nuestra más efusiva enhorabuena al Sr. Reglilla por tan original y práctico invento.

Tengo hechos, amigo Director de CAZA y PESCA, estupendos relatos de mi viaje por estos países, en donde unas veces soy agasajado y otras *abuchado*, pues también aquí se usa el abucheo con los diferentes nombres de *cho-teo*, etc., etc.

Por la preferencia que tienen los apuntes que me remite *K. Ch. Tito*, aplazo para otro vapor el envío de aquellos escritos.

Abraza á todos con la mayor efusión,

K. CH. T.
Pescador de caña.



La Junta directiva de la Asociación

En la pasada semana tuvo lugar la reunión de la Junta directiva de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, para tratar de varios asuntos de interés que habrán de desarrollarse en la próxima Junta general.

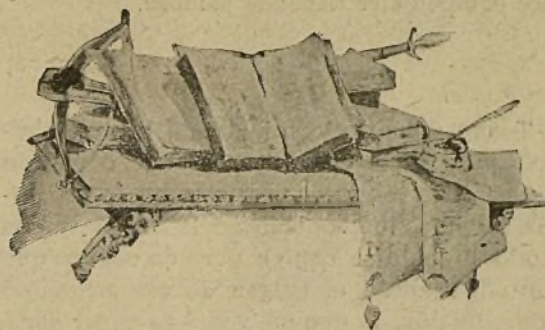
Entre estos asuntos se encuentran la forma como habrá de celebrarse la próxima Exposición canina; patrocinar al nuevo organismo de educación militar, próximo á constituirse; los concursos de tiro á bala con armas de precisión; la constitución de la nueva Junta y proyectos que se han de desarrollar en el presente año.

Se dió lectura de una proposición que contenía un juicio crítico respecto al funcionamiento de la Sociedad y reformas de mayor interés dentro de su organismo.

Usaron de la palabra algunos individuos de la Junta, y se acordó en definitiva estudiar separadamente todas y cada una de las

cuestiones que componen aquella proposición.

La próxima Junta general revestirá el mayor interés y se trazarán las bases para llevar á la práctica proyectos de gran transcendencia moral y material.



HOJEANDO PERGAMINOS

VARIEDADES

Ahora que se aproxima la época de veda, época necesaria para la propagación de las diversas especies de cazas que tanta diversión nos proporcionan, he de recordar que las principales leyes sobre la publicación de la veda salieron de las Cortes que se celebraron en Madrid en 15 de Noviembre de 1393, bajo el reinado de D. Enrique III el Doliente, por algunos llamado *el de las Codornices*.

Entre otros asuntos resueltos en esas Cortes, se atendió principalmente á lo reclamado por el interés público para la caza, fijando el tiempo en el cual no se permitía cazar, el de la cría, ó sea los meses de Marzo, Abril y Mayo, así como fué prohibido también el quitar los huevos y nidos, y finalmente cazar en los días de nieve, y en los llamados *de fortuna*, todo bajo la pena de DOS MIL MARAVEDISES, DESTIERRO DE SEIS MESES Y PÉRDIDA DE LOS ÚTILES DE CAZA.

Y ya que he sacado á relucir lo de los días de nieve y los llamados *de fortuna*, convenría que por nuestra Asociación fuera aclarado este artículo de la actual ley de Caza (el 21), pues realmente no sabemos á qué atenernos sobre los *días de fortuna*, pues no marchan de acuerdo los autores que estudié; unos dicen «se denominan *días de fortuna*, aquellos que por alguna causa accidental y extraordinaria, como quema, inundación, incendio ú otra análoga, se reconcentra la caza en un lugar, abundando con inusitada muchedumbre». Y en cambio otro los denomina del modo si-

guiente: «... porque, en efecto, nada hay que acarree el exterminio de la caza en tanto grado como el que se produce valiéndose de la facilidad de coger los animales en los días de nieve y los llamados de fortuna, cuyo nombre se da á los de niebla...»

¿Á qué carta nos quedamos? Las autoridades competentes tienen la palabra.

* * *

Tengo delante de mí, donde estoy embozonando estas cuartillas, la hoja ó padrón del arbitrio sobre los perros, arbitrio que todos sabemos fué copiado de la nación vecina (todo lo malo se copia); pero de seguro que no todos sabrán el origen de ese arbitrio ó contribución, lo que me voy á permitir dar á conocer á mis lectores.

En Francia llegó á ser tan considerable el número de perros en el año 1770, que el Gobierno ordenó hacer una estadística para conocer los que existían, estadística que arrojó una suma de cuatro millones de *canes*.

Basándose en el cálculo que dos perros necesitan tanta cantidad de alimento como una persona, se pensó que en épocas que los víveres fueran escasos y caros consumían los perros tanto como la sexta parte de la población de Francia, que entonces se componía de 24 millones de habitantes.

Á consecuencia de estos cálculos, se estableció un impuesto de seis libras (unas seis pesetas) por cada perro, á fin de disminuir su número; pero esta resolución no fué llevada á cabo sino pasados algunos años.

RUY LOPE



CAZA DE AVES ACUÁTICAS

No voy á reseñar esas grandes cacerías que se verifican en la Albufera de Valencia, lagunas de Daimiel, de Villafranca, de Quero, etc., ni voy á dar á conocer las formas de cazar en esos lugares; en primer lugar, por no haber tenido nunca la suerte de poder asistir á ellas, y además, porque sería demasiado atrevimiento por mi parte el tratar de hacerlo, después de haberlas descrito Pérez Escribá, Ba-

rón de Cortes, Julián Setier y otros no menos famosos cazadores.

Desde luego comprendo sería más grato para mis lectores que describiera la animación y alegría de tanto cazador, lo pintoresco de la salida de las barcas para colocar á los tiradores en los puestos, la poética y encantadora salida del sol (si es que no está nublado), los cientos y cientos de cartuchos que se consumen, la variedad de caza que se ve, y sobre todo el asombroso botín que en esas cacerías suele recogerse, y que desde luego es incomprendible para el que no ha tenido la suerte de presenciarla.

Pero mi intención es escribir algo sobre la caza de agua y forma de practicarla, para el modesto aficionado, para el que se ve precisado á cazar en terreno libre, porque su posición no le permite grandes dispendios; para aquel que se conforma y considera como un gran día aquel en que puede llevar á su casa algún pato serrano, tal cual cerceta, algunas agachadizas, y si la diosa *Fortuna* le protege, algún ánade real ó azulón; pero que si le sopla la suerte del lado contrario, tiene que dedicarse á la caza de la modesta polla de agua, si es que no prefiere venirse de *bolo*, cosa que siempre resulta desagradable.

No hace aún muchos años se encontraba diversión en esta clase de cacerías, pues ocurría que teníamos más abundancia de caza, había más terrenos libres, eran menos los que en los pueblos se dedicaban á la escopeta, y por último, no se aprovechaba tanto el terreno para la agricultura, que, digan lo que quieran, es completamente opuesta para ciertas y determinadas especies de caza.

El río Guadarrama, nuestro modesto Manzanares y los famosos Tajo y Jarama eran seguros cazaderos para poderse divertir; pero hoy... hoy día ya no son tan seguros.

Conocidos los expresados sitios, voy á exponer lo que debe hacer el aficionado para poder cazar en ellos, según mi modesta aunque vieja experiencia.

Empecemos por el río Guadarrama.

De dos maneras puede verificarse la expedición, ó tomando el tren hasta el apeadero del Guadarrama, ó tomándole hasta la estación de Villaviciosa, subir en el coche de este pueblo, y luego bajar andando (ó en caballería) hasta el puente de Brunete; pudiendo realizar también la excursión desde Madrid en coche á los dos cazaderos, pero resulta caro.

Descendiendo en el apeadero del Guadarrama, se puede cazar río arriba y abajo, pues

hay terreno suficiente (aunque existen algunos vedados) para tener la seguridad de poder disparar la escopeta, pues casi nunca faltan agachadizas, cercetas, patos serranos, algún azulón, y es probable tropezar con la chocha... y sobre todo que más allá del puente de Navalcarnero está el famoso prado del Álamo, paraíso de las agachadizas. (Hoy creo que está vedado.)

Apeándose en la estación de Villaviciosa hay que llegar, como digo anteriormente, hasta el puente de Brunete; desde dicho puente se puede cazar (*parte acá* del puente, pues al otro lado están situados los terrenos vedados propiedad de D. Luis Bahía) río arriba hasta el vedado de Las Huelgas, y río abajo hasta otro vedado cuyo nombre no recuerdo, pero que se distingue fácilmente por constituirlo un pinar.

Este cazadero resulta encantador, pues suele haber bastantes palmípedas, pero tiene el inconveniente de que es tanta la maleza que hay y tal la vista de semejantes animalitos para calcular el alcance de las escopetas, que suele ocurrir ver pasar y repasar aves y más aves, y luego el resultado de la cacería no es todo lo satisfactorio que uno quisiera.

Para cazar en el Manzanares lo más acertado es apearse en la estación de Villaverde; debiendo advertir que hay varios vedados, pero aún queda sitio para poderse divertir; y no digo nada si el arrendatario de la Torreclilla (no cito nombres, mi querido tocayo) *hace la vista gorda*, es año de caza, y permite dar una vueltecita por el *chortal* que hay detrás de la casa, por el arroyo y charcas del prado, por las charcas de Matagallegos, etc., etc.

Para cazar en el Jarama hay que apearse en Ciempozuelos si quiere uno cazar terrenos de San Martín, Bayona y los charcones de la vega, ó bajarse en Seseña para cazar el río por la parte de las Salinas, lo del Conde de Santiago y luego la Madre Vieja.

Ahora, sabiendo ya los lugares donde se ha de cazar, vamos á ver el modo de cazarlos.

Conviene que la escopeta sea de grandes alcances, pues generalmente se suelen tirar á larga distancia (me refiero á las palmípedas). El perro tiene que estar muy bien educado, pues de su obediencia depende muchas veces el poderlas tirar; debe de estar enseñado á cobrar en el agua, á cazar sumamente corto, á charquear divinamente para el caso que cito en el principio de este escrito, de tenerse que conformar con las pollas de agua, y cito sólo las pollas de agua porque los patos, cer-

cetas, etc., al sentir *chapotear*, ó se levantan fuera de tiro, ó, si se quedan por haber mucha broza, no hay perro que los levante, pues he observado varias veces que graznan entre la espadaña y el perro no cesa de trabajar, y ser el resultado nulo, y cuidado que el perro era bueno.

Las ahachadizas, aunque recelosas, son más fáciles de tirar, aunque sientan al perro.

Dos maneras hay de cazar los patos: al salto (aunque algunos veces los tiremos parados) y á la espera. Para cazarlos al salto hay que *tomar* la ribera del río ó charca y con el perro detrás irse asomando de vez en cuando á las orillas, hacia los sitios que tienen quereencia, é ir preparado al dar la asomada para disparar en seguida, pues tienen una vista asombrosa.

Si tenemos la suerte de que haya patos, disparar y derribar alguno, se debe fijar en seguida el cazador si está muerto ó sólo herido y, en este último caso, rematarle, pues sucede á menudo que se queda uno sin ellos, por lo que bucean al irlos á coger el perro, y da lástima que queden para pasto de las alimañas, pues al sentirse heridos y ver que no los persiguen, casi siempre salen á tierra.

Para la caza de espera conviene, á ser posible, estar oculto entre el carrizo, taray ó alguna broza; pero habiendo preparado días atrás el sitio donde se haya de hacer la espera, pues son tan recelosos y, como ya dije, tienen tal vista, que se corre el riesgo de no disparar la escopeta si notan algo extraño.

Las horas para esta clase de caza son: por la tarde, desde que comienza á ponerse el sol hasta que es ya de noche, y por la mañana estar colocado en el puesto antes que empiece á clarear el día.

Vuelvo á insistir en la obediencia absoluta del perro y mucho más estando de espera.

Hay que advertir que todos los palmípedos entran con una velocidad asombrosa y, por lo tanto, hay que correr mucho la mano, pues si no se corre el riesgo de dejar todos los tiros traseros y, por lo tanto, venirse á casa con el morral vacío.

Y creyendo ser suficiente lo escrito para inteligencia de mis lectores, sólo me resta desear, á ellos y á mis compañeros, una buena cacería de azulones. Por lo que á mí respecta, este año, con tanto llover y tanto cata-rro, me sucede lo que al juez en el drama de Leopoldo Cano *La Pasionaria*, SERMONEO Y NO PRACTICO.

J. N. y R.

UN FOLLETO

La Asociación General de Cazadores y Pescadores de España ha publicado una edición autorizada de Real orden por el Ministerio de Fomento, que contiene la Ley, el reciente Reglamento y todas las disposiciones vigentes sobre PESCA FLUVIAL, en un volumen de bolsillo que se expende en el domicilio social, Bolsa, 10, segundo, al precio de 50 céntimos de peseta cada ejemplar.

Los suscriptores de CAZA Y PESCA y nuestros asociados que se hallen al corriente del pago de suscripción ó cuota social podrán adquirir dicho folleto con un 50 por 100 de rebaja, ó sea á 25 céntimos de peseta.

Consultorio jurídico de "Caza y Pesca,"

Consulta.

Por el Centro de Información Comercial del Ministerio de Estado se han hecho á la Asociación las siguientes consultas, que han sido contestadas en la forma que se expresa:

- a) Leyes que afectan á la caza de avutarda, agachadiza, flamencos, águilas, halcón, gangas, patos y otros de menor importancia.
- b) Épocas de veda y pájaros á los cuales afecta.
- c) ¿Cuánto cuesta una licencia de caza y dónde se facilitan?
- d) ¿Tienen franquicia de aduanas las escopetas inglesas pertenecientes á viajeros? En caso negativo, ¿qué derechos pagan?
- e) Igual pregunta respecto de municiones.
- f) ¿Hay además algunos derechos consulares en relación con lo antes dicho?
- g) ¿Es posible obtener copia impresa en inglés de la ley de Caza de España?
- h) ¿Qué regiones son las preferibles para este deporte?

Resolución.

- a) Ley de Caza de 16 de Mayo de 1902; Reglamento para su aplicación de 3 de Julio de 1903.
- b) Las fijadas en dichas disposiciones y en la ley de 19 de Septiembre de 1896, sobre protección á los pájaros.
- c) El precio de las licencias de caza lo regula la ley del Timbre y el Reglamento para

su aplicación, con arreglo á la siguiente tarifa, en relación con la clase de cédula personal:

Cédula personal de primera y especial, licencia de caza de 40 pesetas.

Segunda y tercera, de 30 pesetas.

Cuarta y quinta, de 20 pesetas.

Las demás clases, de 15 pesetas.

Se venden por el Estado en las expendurias de tabacos y timbre y las autoriza el Gobernador civil de la provincia donde reside el interesado, previa instancia del mismo á dicha autoridad. Sirven para todo el territorio de España.

d) Por Real orden del Ministerio de Hacienda de 23 de Junio de 1900 (*Gaceta de Madrid* de 29 del mismo mes), se ampliaron las franquicias de los artículos 152 y 141 de las Ordenanzas de Aduanas á las escopetas de españoles que pasen la frontera para cazar fuera de ella y á las de los extranjeros que con el mismo intento penetren en España.

e) No tenemos noticia de disposición alguna respecto á municiones.

f) Ni á derechos consulares.

g) Tampoco sabemos si ha sido traducida al inglés la ley de Caza de España.

h) En todas las regiones existen diferentes clases de caza y su preferencia está en relación con la época.

NOTICIAS

Legislación de caza, pesca y uso de armas. Obra editada por el capitán de la Guardia civil D. Agustín Alvarez Navarro. La más completa y útil de cuantas sobre estos asuntos se han publicado. Precio 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta revista.

CAZADEROS

Los señores propietarios y arrendatarios de montes que quieran arrendar pronto sus terrenos de caza ó expender con rapidez las acciones de vedados, deben anunciar en esta sección.

El precio por línea ó inserción es de 75 céntimos.



FOOT-BALL

Art. 18. Cuando una cualquiera de estas Juntas no pudiera ponerse de acuerdo en cualquier asunto de su competencia, lo someterá á la Junta directiva de la Federación, teniendo en cuenta que los fallos de ésta son

inapelables y deben ser respetados estrictamente por todos los Clubs.

Art. 19. Como cada Club debe jugar dos veces contra todos los demás, los partidos locales, provinciales, regionales ó inter-regionales, de no haber otro acuerdo entre los Clubs contendientes, se llevarán á cabo jugándose los dos partidos, uno en cada campo de los Clubs referidos.

Art. 20. Los partidos finales se celebrarán en la localidad donde resida el Club Campeón del año anterior, excepto en el caso de que resulte campeón el mismo Club ú otro residente en la misma localidad donde se jueguen las finales. En este caso las finales del año siguiente se celebrarán en la localidad que salga designada por sorteo en la siguiente forma:

Cada Club que desee que las finales del año siguiente se celebren en su campo, hará la oportuna solicitud al mismo tiempo de remitir su inscripción para el Campeonato. La Junta directiva agrupará por localidades las solicitudes de los Clubs y hará un sorteo entre todas ellas, y la localidad agraciada será la designada para que se jueguen las finales.

En este sorteo no podrá tomar parte la localidad en que últimamente se celebró el Campeonato, y sucesivamente tampoco tomarán parte en el mismo aquellas localidades en que se hayan celebrado finales por gracia de la suerte.

Art. 21. Si existieran varios Clubs en la localidad designada para jugarse las finales,

el campo en el que se celebraran será el que designen los Clubs de la misma, de común acuerdo. De no existir este acuerdo, el campo lo elegirá la Junta directiva de la Federación.

Art. 22. Los partidos suspendidos por cualquier causa durante el juego, deberán jugarse de nuevo por entero.

Art. 23. Los *referés* serán nombrados con quince días de anticipación por los capitanes de los equipos contendientes, comunicándolo inmediatamente á la Junta-Jurado correspondiente. De no haber acuerdo entre ambos capitanes, la Junta-Jurado respectiva lo nombrará en la forma siguiente:

Se verificará un sorteo entre los *referés* inscriptos por cada Club de la localidad en que debe jugarse el partido, excepto los de los Clubs que contiendan, sacándose todas las papeletas una por una. El primer nombre que salga será el *referé* designado; de no poder asistir éste al partido, será el del segundo lugar, si no el del tercero, y así sucesivamente. Si no hubiera en la localidad más que los dos Clubs que han de jugar, la suerte decidirá entre los *referés* inscriptos por ambos.

Art. 24. Los partidos se jugarán el día designado por sorteo por la Junta-Jurado respectiva, si no hay acuerdo en contra por parte de los capitanes, por razones de mal tiempo ó parecidas. De no haber acuerdo entre ambos capitanes, el *referé* decidirá si debe ó no jugarse.

Art. 25. Las Juntas-Jurados intervendrán en las recaudaciones que se obtengan de la celebración de los partidos de este Campeonato.

Art. 26. El importe de la recaudación obtenida por todos conceptos en cada partido local, provincial, regional ó inter-regional se invertirá:

1.º En satisfacer al Club visitante el importe de once billetes de tercera clase de ida y vuelta desde su residencia al punto donde se juegue.

2.º En satisfacer al mismo los gastos de estancia á razón de 5 pesetas diarias por jugador y día.

3.º En satisfacer los gastos naturales del espectáculo.

En caso de que después de pagados estos gastos resultare beneficio, éste se repartirá en la siguiente forma:

1.º 40 por 100 para el Club dueño del campo.

2.º 40 por 100 para el Club visitante.

3.º 20 por 100 para la Federación.

En caso de no haber ingreso, el Club residente no está obligado á satisfacer indemnización alguna por gastos de viaje y estancia al Club visitante.

Art. 27. Las reclamaciones de los Clubs, relacionadas con la celebración de los partidos para el Campeonato de España, se presentarán á las Juntas-Jurados respectivas antes de cada partido ó hasta ocho días después de celebrado. Estas reclamaciones, si se refieren á cuestiones del juego, como jugadores ilegales presentados por el equipo contrario ú otras análogas, irán firmadas por el capitán del equipo y el Presidente ó Secretario del Club, y si se refieren á cuestiones ajenas al juego, solamente por el Presidente del Club.

Art. 28. Si una protesta presentada por un Club la resuelve la Junta de delegados respectiva en contra del Club protestado, éste perderá el partido que haya jugado ilegalmente.

Art. 29. Si el que ocupe el primer lugar de los partidos locales, provinciales, regionales ó inter-regionales no pudiera concurrir á los partidos que le corresponda jugar en la siguiente categoría, asistirá el que ocupe el segundo lugar, si no el tercero, y así sucesivamente.

Art. 30. Los partidos finales se verificarán anualmente durante la Semana Santa.

Art. 31. El Club que obtenga el mayor número de puntos en los partidos finales ostentará el título de Campeón de España, y tendrá en su poder la Copa ofrecida como premio, con obligación de entregarla á la Junta directiva de la Federación quince días antes de la celebración de los partidos finales del año siguiente.

Art. 32. Si la Sociedad que obtenga el Campeonato uno ó dos años se disolviera, entregará la Copa inmediatamente á la Federación.

Art. 33. La Copa quedará en poder de la Sociedad que obtenga durante tres años seguidos el Campeonato.

Art. 34. El importe de la recaudación obtenida por todos conceptos en todos los partidos finales se invertirá:

1.º En satisfacer los gastos de viaje en tercera clase, de ida y vuelta, de doce jugadores de cada Club que concurra, desde su residencia al punto donde se juegue.

2.º En satisfacer los gastos de estancia de doce jugadores de cada Club que concurra, á razón de 5 pesetas diarias por jugador.

3.º En satisfacer los gastos naturales del espectáculo.

Si después de efectuados estos pagos resultare beneficio, éste se dividirá en la siguiente forma:

Primer caso. Cuando en la localidad en que se jueguen las finales resida uno de los Clubs que tome parte en las mismas, se dividirán los beneficios en partes iguales entre los Clubs que jueguen y la Federación.

Segundo caso. Cuando en la localidad en que se jueguen las finales no resida ninguno de los Clubs que tome parte en ellas, se dividirán los beneficios en tantas partes iguales como Clubs concurren, más una. Á cada Club que haya tomado parte en las eliminatorias se entregará una de estas partes, y la que quede se dividirá en esta forma:

40 por 100 para el dueño del campo.

60 por 100 para la Federación.

En ambos casos, cuando la recaudación obtenida no alcanzase para satisfacer el primer gasto, se repartirá á prorratio de kilómetros entre los Clubs que concurren á las finales.

Si satisfecho el primer gasto no alcanzasen los ingresos para satisfacer el segundo, el exceso se repartirá en partes iguales entre todos los Clubs que concurren.

Art. 35. Tendrán derecho á presenciar gratuitamente los partidos locales, provinciales, regionales ó inter-regionales los socios de los Clubs de los dos equipos contendientes. Los partidos finales podrán presenciarlos gratuitamente los socios de los tres Clubs que asistan á las finales.

Art. 36. Cualquier asunto no prescrito en este Reglamento será resuelto por la Junta directiva de la Federación.

(Continuará.)

